

**Segundo Premio Literatura Infantil**  
Categoría Socios (año 2001)  
Autora: Dra. Margarita Blengini  
Seudónimo: "Kika"

## Sal si puedes

Una noche como tantas, yo me encontraba en la cama dándome vueltas sin poder dormir. La noche se hizo una fiesta sonora: toda clase de ruidos estaban allí para susto o deleite: un ladrido tenaz, unos gatos alboro-

tados, aullidos como de lobo en día de luna llena, el viento silbando una canción aburrida, los autos, sus bocinas, las sirenas de mar, no, digo, de las ambulancias y policía. Y más: un llanto de bebé, una alarma, un trueno lejano. Mi imaginación volaba y los ruidos seguían y yo me acostumbraba a ellos. De pronto un ruido totalmente diferente a los anteriores sonó en mi ventana. Paré la oreja como los perros y lo escuché bien, no había dudas, aquello hacía: ¡Psszz!, ¡jsszzzz!/, una y otra vez, casi sin pausas. Toda clase de ideas vinieron a mi mente, ¿un conjunto de rock, ensayando un solo de batería?, ¿una lechuza curiosa buscando compañía? Y aquello no se detenía, y yo me ericé tanto que parecía un

pollo de supermercado. Entonces pasé rápidamente a atrincherarme bajo las mantas. Siempre me creí valiente, pero esto ya era un abuso. Temblaba tanto que mi cama golpeteaba sobre el piso de madera como una cuerda de tambores. En eso estaba, cuando una voz bastante conocida dijo algo así como: *–arse... vantarse..., vamos, arriba, se hace tarde*, –y yo respondí: *¿sos vos mamá?– ¡Quién va a ser!*, dijo ella. Supe que estaba a salvo. Bueno, del ruido, pero no de la escuela, así que allí marché, cansado y confundido debido a la mala noche. Caminando por la vereda, el recuerdo del *psszz, zzzsss*, me hacía el efecto de una mosca boba atrapada adentro de mi cabeza y así, pateando una lata vacía, llegué

y entré por fin en la clase algunos minutos tarde. Otra voz conocida no se hizo esperar: – *A ver tú, Federico, muéstrame los deberes*, – dijo y esperó mi respuesta de brazos cruzados. Los tenía de milagro, así que la maestra perdió interés en mí y la clase continuó como siempre. Comenzó entonces a contar-nos historias de nuestros Charrúas. Me quedó grabado para siempre ese nombre: *Salsipuedes* y aunque la maestra después pasó a otros temas yo seguí pensando: “Qué traición... a ellos, que habían ayudado en tantas batallas a Artigas y al propio Rivera...”. De repente algo rozó mi nuca y entonces vi el papelito arrugado rodar a mis pies.

Con aire vengativo giré y allí estaba la cara fruncida de Valentina que me indicaba el suelo. Levanté aquella pelotita blanca, la desenrollé y leí lo que decía: “El lugar donde los emboscaron, ¿ya se llamaba *Salsipuedes*? El nombre del lugar es como una burla, algo así como: “a ver si salís” o “salís si sos brujo”. Haciendo señas le dije que no sabía mucho, pero la cosa daba para investigar más. La maestra seguía la clase y yo andaba por los montes indígenas, con la cara pintada y lanza y boleadora en mano, cuando escuché: – *Vamos a trabajar en el cuaderno de matemáticas*. Resignado, metí la mano en la mochila al tanteo para sacar el dichoso cuaderno, cuando de repente empecé a escuchar un ruido bajito pero inconfundible: ¡el mismo ruido de la noche! que ahora salía de la mochila: ¡¡pzzsszzss!! Saqué mi mano como si algo me quemara y grité tan fuerte que la maestra volvió a fijarse en mí: – *¿qué pasa ahora, Federico?* –, dijo entre curiosa y algo molesta.

– *Es que, que... ma... estra, es-te-te no lo va a creer*, – tartamudeé. – *Es otra vez ese ruido, ese ruido insoportable*: ¡psszzsszz!

– *¿Se puede saber de qué estás hablando, Federico?*

– *Es que-que-que no pude dormir anoche y todavía no sé qué es, y ahora me siguió hasta la escuela...* La clase entera ya se reía a carcajadas. La mayoría estaba a punto de ahogarse. Entre tanto la maestra me miraba aturdida, y su expresión de pena progresaba inexorablemente hasta el claro e inconfundible

enojo, mientras su rostro atravesaba en cuestión de segundos todos los colores del arco iris. Cuando ya estaba a punto del grito mayor de la historia, el ruido escapó atrevidamente de mi mochila e invadió toda la clase.

Todos quedaron con la risa clavada en el rostro, mirando para todos lados y la maestra, parada en el mismo lugar, dejó caer los brazos y muy pronto, de ser un alegre arco iris pasó al blanco del papel y allí mismito cayó desmayada. Mis compañeros trataban de entender, de correr, algunos tapaban sus oídos, otros se escondían bajo los bancos, muchos gritaban histéricos o lloraban pidiendo por sus madres. Yo estaba cabizbajo, culpándome de causar tanto revuelo. Todo por un ruido salido de quién sabe dónde: ¿de otro planeta?, ¿de otra dimensión? No podía hilvanar una sola idea coherente. Lamentaba estar ahí en ese momento y haber diseminado esa peste de ruido por toda la clase... y ahora lo veía a través de la ventana: ¡y por toda la escuela!.. ahora sí que era fuerte: el aire vibraba, ráfagas de viento delgadas como serpientes desordenaban nuestros cabellos, partían en dos las copas de los árboles, surcaban nuestras mejillas como látigos... aquello era como el monumento al entrevero: niños y maestros tratando de huir caían al suelo, la directora trataba de mantener la calma y agitaba una campana que parecía enfurecer aún más al ruido, porque se ponía cada vez más fuerte y agresivo. Yo creía haber contaminado al Uruguay entero, inclusive a todo el planeta, los informativos darían la noticia en cuestión de minutos y yo iría preso. Mientras las lágrimas llegaban y mi espalda cargaba la mochila más pesada de la historia, peor que la de 4º año, –lo que es mucho decir– un silencio brutal, enloquecedor, sustituyó al ruido. Los niños y maestros con sus rostros desencajados miraban hacia todos lados sin comprender: el ruido había cesado y en su lugar no se escuchaba nada, absolutamente nada: ni la respiración agitada de toda la escuela, ni un pájaro, ni un auto pasar, ni una voz de niño o adulto, nada, absolutamente nada. Por un momento añoramos el *psszz, ssszz...* el mundo entero en silencio, no habría música más que en las

partituras y en la imaginación... mi pobre madre sin poder decir palabra, ni rezongo (eso me gusta), inútil el teléfono, los CD, pájaros mudos en las ramas de los árboles...

Pero este terrible silencio había durado tan sólo un minuto, el más largo minuto nunca visto, mejor dicho, nunca oído. Lentamente nos recuperamos y empezamos a movernos cada uno a su salón. Por dentro teníamos un cosquilleo como de plumas rozándonos, y de algún modo inexplicable comprendimos lo sucedido. Ocurría en nuestro interior, sobran las palabras. Era como un secreto y yo me golpeé la frente con la palma de la mano: ¡cómo no lo había comprendido antes! si –dije, ¡qué demás! grité– hoy es el aniversario, hoy pasó lo que la maestra nos contó de los Charrúas: *Salsipuedes*. Ellos quisieron que sintiéramos con fuerza lo sucedido allí y cómo los Charrúas se defendieron con uñas y dientes, como sólo ellos sabían hacerlo, dejando el alma en el combate, haciendo silbar sus flechas, sus lanzas, finalmente acorralados, corriendo, huyendo, atropellándose tal como nos había sucedido a nosotros. ¡Eso era el *¡psszz, ssszz!*: miles de flechas y boleadoras surcando el cielo de la patria. Entonces supe que ellos habían encontrado una forma de contar su historia una y otra vez: Harían esto: entrarían en cada escuela cada vez que llegara la fecha, porque era justo que nosotros los más jóvenes, supiéramos la verdad. Creo que también quisieron hacernos pensar acerca de las injusticias que se han cometido siempre con los que son diferentes, los que tienen otras costumbres, otra cultura, color de piel o forma de los ojos. Para que aprendamos a ser tolerantes. Mis padres dicen que el mundo sería mejor si esto cambiara... y tienen razón, fijate en las noticias de la tele o el diario. Hay guerras y explosiones ¡y sólo tenemos este planeta para vivir! Deberíamos cuidarlo mejor. Ellos aquel día... con sus flechas surcando el aire a toda velocidad: ¡¡psszz, ssszz!! y lanzas arrojadas y pechos duros como escudos, ofrecidos para salvar a sus hijos.

Y después el silencio, el más triste silencio de nuestra historia. ❖